

## AGRADECIMIENTOS

*Este estudio se inició en el marco de sendas ayudas concedidas, sucesivamente, por la Fundación Juan March y Rumasa. La realización y la financiación fundamentales del trabajo se deben al proyecto de investigación Economía, agricultura y energía: análisis de dos sistemas de producción: el minifundio (occidente asturiano) y el latifundio (dehesa extremeña), que llevamos a cabo en el Instituto de Economía Agraria y Desarrollo Rural del CSIC, en colaboración con Venancio y Javier López Linage, a quienes agradezco toda la ayuda que me han prestado en las distintas fases de la elaboración de la investigación. También deseo expresar mi agradecimiento a los profesores Juan Velarde y Juan Muñoz por los muchos consejos y el tiempo que dedicaron a mi formación docente e investigadora en el Departamento de Estructura Económica y Economía Española de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid.*

*Esta investigación no habría podido llevarse a cabo sin la desinteresada ayuda de numerosos ganaderos extremeños y de las personas que me proporcionaron los contactos imprescindibles para la recogida de información en la fase de trabajo de campo.*

*Debo hacer mención expresa de José Manuel Naredo, que fue quien me introdujo en el intrincado análisis energético de los sistemas agrarios. Otros muchos amigos me ayudaron en diferentes fases del trabajo: Carlos Abad, Antonio Adámez, Ignacio Estefanía, Jesús González, etc., son demasiado numerosos para citarlos todos aquí, pero sirvan estas líneas en señal de agradecimiento.*

*Finalmente, el autor se atribuye la entera responsabilidad de las insuficiencias que el lector pueda encontrar en esta investigación.*

Pablo CAMPOS PALACÍN

*Madrid, marzo de 1984.*



# *Prólogo*

---



El trabajo que se ofrece en este libro tiene que ser comprendido, a mi entender, en cuanto es encuentro de varias coordenadas. Es este papel de encrucijada el que le otorga una importancia grande.

En primer lugar, trata de un tema relacionado con la dinámica de la economía española. Hace ya muchos años se inclinó sobre ella el profesor Flores de Lemus. Desarrollaba, de este modo, una investigación suya que, basada por un lado en un original y previo planteamiento del *efecto renta*, que Hicks iba a popularizar muchos años después, había explicado en sus estudios, ofrecidos a través de la Comisión extraparlamentaria para la supresión del impuesto de consumo, por un lado: conforme subiese el nivel de renta de los españoles, éstos demandarían productos proteínicos cada vez más ricos, o lo que es lo mismo, los hidratos de carbono del cereal y las leguminosas, y las escasas proteínas derivadas de los pescados salados —en cabeza, el bacalao— serían sustituidos en la demanda de los consumidores por bienes derivados de la ganadería. Por otra parte, Flores de Lemus había dedicado muchas horas a estudiar y, por cierto, también a escribir, en torno al sistema arancelario español. Comprendió así, al completarlo con el análisis de la marcha de nuestra agricultura, publicado en 1914 en *The Times*, que era posible encajar todo conjuntamente y formular por ello una profecía. Es la publicada, por primera vez, en 1926, en el volumen *Bodas de plata de «El Financiero», 1901-1926*, bajo el epígrafe de *Sobre una dirección fundamental de la producción rural española*.

Pocos años después, el profesor Torres estudió cómo esta profecía se cumplía también para la región valenciana y, tras nuestra guerra civil, en un libro maravilloso *El problema triguero y otras cuestiones fundamentales de la agricultura española*, volvió a insistir sobre el tema.

Sin embargo, una violenta commoción se precipitó sobre

nuestro campo, al introducirse, como un elemento más, el nivel de salarios y rentas de los campesinos. He de comenzar por señalar que el propio profesor Torres había llamado la atención acerca de un hecho significativo: lo que se podía considerar que eran beneficios de los pequeños empresarios agrarios, en realidad eran salarios encubiertos, por supuesto muy bajos. El equilibrio de la vieja agricultura se lograba sobre cuatro costes sociales, expuestos por Román Perpiñá Grau bajo los cuatro epígrafes de analfabetismo, frugalidad, absentismo y rebeldía. De algún modo, lo que iba a producirse se relacionaba también con el cambio de estos costes sociales agrarios por otros vinculados con el proceso de industrialización que se aceleró a partir de finales de la década de los cuarenta.

En resumidas cuentas, a lo estudiado en la profecía de Flores de Lemus es preciso añadir el resto de los componentes que se encuentran en el conjunto de acontecimientos de nuestra evolución agraria denominado *crisis de la agricultura tradicional*. A partir de 1959, con los cambios económicos provocados a partir del Plan de Estabilización, era preciso enjuiciar el tema ganadero con otro enfoque.

Para ver lo sucedido en la evolución del consumo de alimentos al llegar al momento presente, tomaré como punto inicial de referencia, para 1940, un valiosísimo documento muy poco difundido, de Ramón Carande, que con el título de *Bases de una política económica de reconstrucción*, se editó en 1941 en el número 1 de la *Revista de Estudios Políticos*. En ese artículo, en las páginas 59-60, aparece, referido al momento inicial de nuestra posguerra —por eso el fecharlo en 1940 no me parece erróneo—, «un pequeño estado de consumo de un trabajador español utilizando los pocos datos que existen, corregidos con informes de nuestra propia observación. Puede asegurarse que los errores aún subsistentes, por ser siempre de más y no de menos, no están en contradicción con nuestras conclusiones... (por lo que el cuadro numérico) acusa un límite superior, muy superior, de lo que por término medio consume un trabajador español». Muy probablemente en este cálculo puede haber intervenido el profesor Vergara. Al ser por exceso —esto es, por acercarse a un patrón rico de consumo—, las diferencias con la situación actual son aún más llamativas, sobre todo si se tiene en cuenta que las cifras de

ahora no se refieren al consumo de un trabajador adulto, sino a la media toda población española. El cuadro —las diferencias con otras posibles estimaciones actuales no son significativas— es el siguiente, en kilos por persona, salvo que se indique otra cosa:

PRODUCTOS	Consumo en 1940	Consumo actual
Pan .....	180	76
Leguminosas .....	25	9
Patatas .....	115	74
Vino .....	70 litros	43 litros
Carne .....	10	66
Pescado .....	6	25
Huevos .....	18 unidades	275 unidades
Grasas .....	16	30
Arroz .....	7	8
Productos derivados de la harina ..	2	16
Azúcar .....	2	13
Fruta fresca .....	30	99

(La estimación Carande no habla para nada del consumo de productos lácteos. La cifra que da de consumo de aguardiente no he podido contrastarla con una actual fiable.)

He estudiado de qué manera, gracias a las informaciones estadísticamente más depuradas de Prados de la Escosura, se puede comprobar lo que los datos iniciales de Perpiñá Grau parecían mostrar: que en el envío al exterior de ciertos productos de nuestros campos, desde la lana a las naranjas, se encontraba la base del equilibrio económico español. Cuando el aumento de sus costes no podía eliminarse con las caídas en el cambio de la peseta, se originaba el fenómeno llamado de la *sustitución de exportaciones*. El relevo de unos pocos artículos agrarios en el panorama de nuestro comercio exterior, en los que se centra un altísimo porcentaje de las ventas al exterior, era un dato muy persistente en nuestra estructura económica.

Desde 1959, todo cambió. Este año es el de cierre del *viraje proteccionista*, iniciado en 1875. Tal como ha probado el profesor Costas, Figuerola defendió algo parecido a lo que sostuvieron

nuestros triunfantes aperturistas hacia el exterior, que en esa fecha inauguran una nueva etapa de nuestra política económica. Pero lo que esto supuso fue muy claro, al combinarse con una facilidad de entrada de capitales y bienes exteriores como nunca había experimentado nuestra economía desde la etapa isabelina en el siglo XIX, y con un desarrollo productivo muy intenso. En más de un aspecto, el proceso de industrialización confirmó que el tema de los *aranceles educadores* no era una extravagante elucubración, sino que las estructuras industriales así creadas pueden pasar a exportar, y en el caso de España así sucedió, con lo que nuestro comercio exterior comenzó a basarse en bienes no agrarios. Añadamos la significación creciente que en la balanza por cuenta corriente tiene el turismo exterior, en crecimiento rapidísimo a partir de 1951. Introduzcamos un componente más: *la crisis de la agricultura tradicional* se culminará con la muerte de ésta. Pero esta defunción se practica a través de un complejo mecanismo eutanásico. Las rentas del campo suben, pero no suben sus beneficios empresariales, para los pequeños propietarios agrícolas, tanto como sus posibles rentas —sobre todo salariales—, en las zonas industriales. Esto incita a la emigración, pero empujada por esta diferencia de rentas, no por el hambre y la desesperación. Mas el no originar una situación de angustia y continuar impulsando hacia la emigración tiene una consecuencia muy importante. El cultivar las tierras marginales no genera hambre, pero significa que quienes explotan tierras de otro tipo, sobre todo los grandes latifundios, reciben *rentas no ganadas*, derivadas de esta política eutanásica. La gran explotación pasa a disponer así de altos ingresos que, una vez capitalizados, permitirán su explotación más racional, con beneficios crecientes y una ventaja sobre las fincas pequeñas y medianas cada vez más clara.

Esta capitalización rural actúa, además, dentro del *efecto Barón*. Por supuesto que la profecía de Flores de Lemus que empuja hacia la ganadería se cumple. Pero esta dirección, a más de afianzar la consolidación del capitalismo en el campo, por primera vez en nuestra historia actúa selectivamente en el terreno agrario. Esto es, la explicación verificada por Enrique Barón en *El fin del campesinado* tiene una contrastación empírica continua: la ganadería que más se expansiona es la que, a través del aumento de inversiones, permite ahorrar más mano de obra. La

mejor exposición del avance —y por decirlo todo, de la peligrosa dinámica— inmerso en este efecto en España, es la proporcionada por el casi perfecto estudio de F. Sobrino Igualador, J. L. Hernández Crespo, A. Paz Sáez, M. Rodríguez R.-Zúñiga y R. Soria Gutiérrez, *Evolución de los sistemas ganaderos en España*, aparecido en *Revista de Estudios Agro-Sociales*, julio-septiembre 1981, número 116, páginas 17-89. Entre paréntesis, diré que me parece que la no introducción de las consecuencias de la subida de salarios es la causa principal de que esta exposición completísima —basada además en una bibliografía de consulta obligada para comprender la evolución del pensamiento del investigador Sobrino Igualador— no sea definitiva. Destaco esto porque, a mi juicio, los niveles crecientes de salarios agrícolas pueden absorberse en los incrementos muy fuertes de la productividad. La mano de obra puede sobrar, pero la industria y los servicios de España, o la emigración —o sea la industria y los servicios de Europa—, la ocuparon sin crear problemas socioeconómicos importantes. La vieja ganadería extensiva, ligada al ganado vacuno, lanar y de cerda montanera, y no digamos nada de la caballar, mular y asnal sustituidas por la mecanización y motorización de nuestros campos, tiende a esfumarse. La energía derivada del petróleo y de la electricidad penetró de forma acumulativa en las nuevas instalaciones ganaderas, y vastas extensiones de nuestras tierras contemplaron cómo eran eliminadas sus posibilidades de aposentar ciertas ganaderías extensivas. El descuaje de las dehesas extremeñas, la tala de encinares y alcornoques, tiene ahí una de sus justificaciones, al tratar, de modo muy irracional la más de las veces, de buscar algún fin económico para tierras que quedan sin su empleo tradicional.

Todo esto ha de enmarcarse en un profundo cambio de la economía española que, por cierto, como se desprende de la lectura del libro de Raúl Vigorito, *Transnacionalización y desarrollo agropecuario en América Latina* (Ediciones Cultura Hispánica, 1984), tiene un interesantísimo correlato ahora mismo en Iberoamérica. Seguir por aquí excede del ámbito de este prólogo.

Por otra parte, las facilidades de importación, y las inversiones de las multinacionales agrarias, refuerzan este capitalismo campesino proclive a la ganadería intensiva, sobre todo productora de cerdos, carne de aves y huevos. Los piensos pasan a

constituir así un renglón fortísimo de nuestras importaciones que, al no ser la estructura económica así constituida capaz de generar todas las proteínas que se demandan, se suma a las compras exteriores de cefalópodos, pescado y canales de cerdos y de corderos. Como colofón de este proceso, al sumarse además los bienes exóticos café, cacao y tabaco, nuestra balanza comercial pasa a experimentar, en el capítulo agropecuario y de la alimentación, un fuerte saldo negativo. Son la industria y los servicios, y no la agricultura, los pilares más significativos de nuestro equilibrio con el exterior.

Sin embargo, el aumento de bienestar material de los españoles origina que éstos valoren, cada día más, ciertos bienes y servicios que no entran en el mercado. ¿Qué significa un paisaje, un aire límpido, un monumento, la existencia de variadas especies botánicas y zoológicas? Pues quizás muy poco para el habitante del altiplano andino o del Sahel africano, pero muchísimo para un sueco, un norteamericano, un inglés o —desde hace unos pocos años— un español. Desde las puntualizaciones de Beckerman, creo que quedó claro que el deseo de un mejor medio ambiente se genera a partir de determinados niveles de renta.

Esta presión, que tiene una importancia sociológica creciente en España, y que por ello ha de ser tenida muy en cuenta porque la opinión pública es uno de los varios demiurges de una economía, desde 1973 se superpone a otra: no sólo es que se ha encarecido la energía, es que además se ha alterado el modelo de consumo energético de modo tan esencial que se ha modificado el modelo todo de producción. Al cambiarse, simultáneamente, el modelo de relaciones laborales y además al parecer razonable que ese cambio se produzca, y al sumarse todo con una previsión de lo que pueda ocurrir con lo que suceda con las negociaciones con la CEE dentro del marco de relaciones económicas exteriores, es evidente que debe observarse si este complejo de circunstancias va a repercutir, a su vez, sobre la marcha futura de nuestra agricultura. En lo que se refiere a la opinión pública, no puede echarse a un lado la repugnancia que se crea con la ganadería teratológica así constituida. La lectura del espléndido relato *El día del ajuste de cuentas*, de la colección de Patricia Highsmith *Crímenes bestiales* (Planeta, 1984) no debe dejarse radical-

mente a un lado. Es tema que, en relación con otra obra de esta autora, incluso he creído digno de comentar.

Es obvio que esto va a suceder con el tema del medio ambiente. Lo mismo en cuanto al energético. En el Departamento universitario, donde trabajo, esta preocupación se siente hasta el punto de fomentar investigaciones en dos líneas. Por un lado, sobre el problema de la incidencia económica en España de la energía nuclear, sobre la que preparó una tesis excelente el profesor Iranzo. Por otro, con las conexiones de la agricultura y la energía a través del modelo de balances energéticos. Aquí han destacado precisamente siempre los trabajos del doctor Campos Palacín, y su tesis doctoral, raíz de este libro.

Precisamente en él trata este asunto, pero además, al tener que analizar la situación de la dehesa extremeña, se acerca a un microcosmos que, en este caso, es extraordinariamente adecuado para contemplar la dinámica del macrocosmos de nuestra economía rural. Pablo Campos, aparte de ello, estudia todo esto como miembro de una escuela de pensamiento que, entre nosotros, encabeza José Manuel Naredo. Hace años que me dedico a seguir los trabajos de ésta. Creo que, aunque se discrepe ideológicamente de ella, ha de admitirse que en toda heterodoxia, aun contemplada desde la más acendrada ortodoxia, se presentan de forma nueva los problemas, mucho más cuando, para su solución, se emplean procedimientos originales, casi siempre interesantísimos, e incitantes para la inteligencia. En este caso, ello afecta a tres preocupaciones básicas del hombre: la alimentación, la energía y el medio ambiente. ¿Cómo se puede abordar esto en España? ¿Y cuál es la repercusión de todo en Extremadura y, más en concreto aún, en la dehesa extremeña?

Pablo Campos Palacín aborda toda esta amplia temática en este volumen. Su honradez intelectual, su inmensa capacidad de trabajo, su obsesión por manejar fuentes directas —no olvidaré nunca su alegría cuando dio con las libretitas de cuentas auténticas de algunas fincas extremeñas—, su conocimiento de esta región, convierten a esta obra en una de consulta obligada para todos los que se interesen, de verdad, por lo que sucede con nuestra agricultura. Una obra capital de nuestro pensamiento económico, en relación con la producción rural, es la de Miguel Caxa de Leruela, *Restauración de la abundancia de España, o prestan-*

*tísimo, único y fácil reparo de su carestía general* (el ejemplar por el que cito corresponde a la segunda reimpresión, Madrid, 1732; me lo obsequió aquel gran preocupado con los problemas de la economía agraria que fue el doctor Campos Nordmann). Comienza el análisis de Caxa de Leruela con una frase para mostrar que su obra va a proporcionar «estas fieles noticias de errores, abusos y novedades, que han cometido los que han tratado de abundar a España de bastimentos de cincuenta años a esta parte, con medios desnaturalizados».

Reviso el manuscrito del doctor Campos Palacín mientras contemplo un cielo cargado de nubes sobre el Parque del Retiro, y aún más lejos, hacia el Cerro de los Angeles, señal de que tendremos lluvia y con ella, mejores cosechas. Sin embargo, ahora mismo tengo sobre mi mesa una gran cantidad de noticias sobre la situación agropecuaria española, sobre las decisiones que en Bruselas adopta la Comunidad Económica Europea, sobre el decisivo empuje de las empresas transnacionales de la alimentación en nuestra Patria. ¿No estaremos pretendiendo, quizá en exceso, «abundar a España... con medios desnaturalizados»?

Madrid, 15 de mayo de 1984, fiesta de San Isidro Labrador.

Juan VELARDE FUERTES